

AVENTURAS DE UN AUTOR QUE FUE DURANTE ALGÚN TIEMPO SU PROPIO LIBRERO

Jesús Gómez Serrano

Ahora que la maestra Martha Esparza me ha puesto a pensar en ello, advierto que mi vinculación con la actividad editorial de la UAA data de mi época de estudiante. Allá por el año de 1980, cuando cursaba los últimos semestres de la licenciatura en Sociología y hacía mis pinitos como investigador, trabé cierta amistad con el doctor Desiderio Macías Silva, que era poeta y dirigía con suerte desigual una revista que se llamaba *Voz Universitaria*, tal vez la primera incursión consistente de la UAA en el campo editorial. No se publicaban libros por entonces en Aguascalientes, por lo menos de manera sistemática; lo poco que se hacía era esporádico y casi siempre con el patrocinio del gobierno del estado. De lejos, el mejor impresor que había era Francisco Antúnez, de cuya tipografía salió en 1974 la segunda edición de la *Historia del estado de Aguascalientes*, de Agustín R. González. Yo veía a Desiderio en el café, con sus amigos, lo oía hablar de lenguas indostánicas y otras cosas que no entendía, veía con azoro la gran piedra engastada en un anillo que llevaba en el dedo anular izquierdo y me enteraba de

las grandes dificultades que enfrentaba para formar, imprimir y pagar cada uno de los números de su revista. No recuerdo cómo, pero un artículo mío muy incipiente acabó publicado en su revista; llevaba el título excesivo de “La acumulación original de capital en Aguascalientes”, y no era otra cosa que una pobre adaptación al contexto regional de algunas ideas tomadas del célebre capítulo XXIV del primer tomo de *El Capital*, de Marx, que por entonces leía con fruición, sin entender gran cosa, en la erudita edición que preparó Manuel Sacristán para la editorial Siglo XXI. Espoleado por ese exitoso debut, le propuse a Desiderio un nuevo artículo, que él en principio aceptó, pero después rechazó, sin darme un dictamen o esgrimir razones; como haya sido, ahora me doy cuenta de que tenía razón.

Cuando terminé la carrera de Sociología, las muchas aunque desordenadas lecturas que hacía en mi casa y las horas que pasaba en el Archivo General del Estado revisando papeles viejos me convirtieron en historiador, aunque todavía carecía del título o patente correspondiente. A instancias de Eugenia Meyer, bajo el patrocinio del gobierno del estado y con la colaboración de Enrique Rodríguez, en 1988 se publicó en cuatro tomos y siete volúmenes una obra que se llamó *Aguascalientes en la historia, 1786-1920*. En mi fuero interno, imaginaba a veces esos libros como una conversación, o más precisamente un duelo, con Agustín R. González, las insuficiencias de cuya *Historia* quería yo subsanar. Este dato viene a colación porque la UAA no tuvo ninguna participación en esa empresa, porque la institución, dada su juventud, no alentaba por entonces la investigación en el campo de las humanidades ni contaba por un programa editorial.

Las circunstancias me llevaron poco después al Instituto Cultural de Aguascalientes, de cuya dirección me hice cargo en enero de 1990. Cuando recuerdo esa época de mi vida, lo que veo es una parvada de muchachos impetuosos, con muchas ganas de hacer cosas y algunas (no tantas) ideas, agitando con cierto escándalo de las buenas conciencias ese árbol para entonces ya venerable y obligando a las golondrinas ahí posadas a aletear. Entre las muchas cosas nuevas que se hicieron figuró un programa editorial, del que el Instituto carecía por completo. No eran pocas las personas que por entonces escribían, pero lo que hacían

difícilmente encontraba salida. Arquitectos como Ricardo Esquer y Marco Sifuentes, abogados como Jesús Antonio de la Torre, sociólogos como Genaro Zalpa y Carlos Reyes, educadores como Bonifacio Barba y Felipe Martínez Rizo y un montón de poetas, entre los que ahorita recuerdo a Pepe de la Torre, Rosa Luz de Luna y el ya mencionado Desiderio Macías Silva. Muchos de ellos trabajaban en la Universidad, pero la Universidad no los publicaba. Entre 1983 y 1990 Salvador Camacho, Enrique Rodríguez y yo los reunimos en *El Unicornio*, el suplemento cultural del diario *El Sol del Centro*. En esas páginas, en principio robadas (lo cual no careció de gracia y significado) a la sección de “sociales” del periódico, se publicaban liberalmente y sin censurar las ideas, propuestas y ocurrencias de toda esa tropilla. Cuando el señor José Ángel Martínez Limón, director del periódico, me llamaba a capítulo y me regañaba porque publicábamos cosas de política en un suplemento “cultural”, yo le explicaba que desde el punto de vista de la sociología, la política era una forma de la cultura, una de las más visibles, por cierto. Él no aceptaba este razonamiento, pero tampoco nos censuraba.

En 1990, el ICA inició en serio un programa editorial, el primero digno de tal nombre en la historia de nuestro pequeño estado, que incluía la revista *Espacios, cultura y sociedad*, de periodicidad estacional, y dos colecciones de libros: “La Tradición”, en la que encontraron cabida libros de autores locales agotados o de difícil acceso, y “Contemporáneos”, abierta a ensayos y aportaciones de autores que en su mayor parte estaban iniciando su carrera en el campo de la investigación.

En enero de 1993, cuando me incorporé a la UAA como profesor de dedicación parcial de 40 horas, la institución carecía todavía de una oficina encargada de diseñar y gestionar un programa editorial. En 1995 se publicó mi libro *José Guadalupe Posada: testigo y crítico de su tiempo*, como coedición entre la UAA y la SEP, pero la verdad es que los recursos y el aliento fueron aportados por el Programa de Animación Cultural de las Universidades Públicas Estatales, a cargo por entonces del poeta Víctor Sandoval, que como todo el mundo sabe fue siempre un entusiasta promotor de la cultura, sobre todo si las iniciativas provenían de su terruño.

Fue durante la gestión del rector Felipe Martínez Rizo (1996-1998) cuando se tomó la decisión de crear un Departamento Editorial, adscrito a la Dirección General de Difusión, como se llamaba por entonces. Desde un principio se trabajó con entusiasmo, aunque tal vez con poco orden, en la medida en la que no se articularon colecciones, ni se establecieron criterios claros de publicación, ni se publicaron convocatorias que pudieran ser atendidas por los interesados. Como sea, se había dado un paso muy importante en la dirección correcta. Con el paso de los años, el Departamento Editorial ha crecido y se ha consolidado, su catálogo es ya importante y somos muchos los profesores beneficiados con la posibilidad de que la institución publique los resultados de nuestras investigaciones. Agrego algo que a mí me parece muy importante: ha habido continuidad y respeto al trabajo acumulado, no esos bandazos que por desgracia son frecuentes en el ámbito de la administración pública.

El Departamento Editorial no sólo publica nuestros libros, lo que ya es mucho, sino que también obtiene los números de ISBN correspondientes y los promueve, valiéndose de su catálogo en línea, de sus librerías y de la presencia institucional en redes universitarias y en ferias del libro en todo el país. Tal vez algunos autores no se dan cuenta de lo que eso significa, porque simplemente lo dan por sentado, suponen que así se hace y que así se ha hecho siempre. Déjenme decirles que están equivocados. Algunos de los primeros libros que hice era yo mismo el encargado de promoverlos, e incluso de venderlos. Por supuesto, carecían de ISBN, un pequeño pero crucial requisito que es casi imposible de adquirir por un particular: el registro oficial y a escala mundial del libro, como si dijéramos su "acta de nacimiento", requisito sin el cual no puede acceder a las bibliotecas, que lo considerarían un producto "pirata" o ilegal.

A promover esos mis primeros libros me ayudaban algunos librerías de los que había por entonces en la ciudad, señaladamente José Luis Ledezma, dueño de la Librería Universal, y Fernando Macías, dueño de la Librería Guernica, pero obviamente yo me tenía que encargar de llevarles mis libros, de visitarlos de vez en cuando con la esperanza de que alguno se hubiera vendido, y de cobrarles. Me consolaba algo que le leí una vez a

Borges, quien visitaba la librería de Buenos Aires en la que puso a la venta la primera edición de *El Aleph*, sólo para constatar, con cierto alivio, que no tenía más que seis u ocho lectores. Después de muchas y agotadoras iniciativas, logré que mis libros se vendieran en la sucursal de la Comercial Mexicana que había en la Av. López Mateos; gracias a la orientación y el consejo que me dieron algunos empleados, mis libros se colocaron en esos pequeños pasillos que se forman en las cajas, donde la gente se entretiene mientras le llega su turno de pagar agarrando unos chocolates... o un libro, si está a la mano. Son esas experiencias las que me permiten aquilatar en todo lo que vale la gestión editorial de mi Universidad, el hecho de que no sólo publica mis libros, sino que además los incorpora a su catálogo editorial, los promueve y los vende.

Ahora que me he puesto a redactar estas cuartillas, hago la cuenta de cuántos libros míos ha publicado la UAA: once en total, incluido el de Posada, ya referido, que se publicó antes de que se formara el Departamento Editorial. Algunos de esos libros son resultado de la colaboración interinstitucional, lo cual es interesante, porque remite a otra faceta de esta clase de trabajos, en la cual, hasta donde sé, la Universidad ha hecho muchas y fructíferas incursiones. En el caso de mis trabajos, se ha colaborado con Fomento Cultural Banamex, El Colegio de Jalisco y el Instituto Cultural de Aguascalientes.

La experiencia más provechosa de colaboración editorial institucional en la que me ha tocado participar tuvo lugar en el año 2000, con Fomento Cultural Banamex. El año anterior había inscrito un trabajo, derivado de mi tesis doctoral, en el concurso de historia regional mexicana patrocinado por esa entidad. Mi trabajo fue premiado y se me hizo saber que había posibilidades de publicarlo, en términos de una coedición. El Departamento Editorial de la UAA daba por entonces sus primeros pasos, razón por la que la formación de mi libro fue confiada a Natalia Rojas, una diseñadora radicada en la Ciudad de México. Fue complicado seguir el proceso desde Aguascalientes, máxime que en aquella época todavía no existían esas tecnologías que hoy permiten compartir grandes archivos por medios digitales. El libro se llamó *Haciendas y ranchos de Aguasca-*

lientes y fue presentado en la UAA, en un evento en el que participó como principal comentarista el doctor Enrique Florescano, recientemente fallecido, una de las mayores autoridades que había en el ámbito de los estudios rurales.

Ese libro obtuvo el Premio Antonio García Cubas “al mejor libro de historia publicado en México en el año 2000”, convocado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Quiero aclarar que el premio se concedió no al autor, sino al libro y a su principal editor, en este caso la UAA, que hizo la formal inscripción del trabajo en el certamen. Por alguna razón, Gloria Patricia Miranda, jefa por entonces del Departamento Editorial, no le prestó demasiada atención a este asunto y me delegó la tarea de recoger el premio, que consistía en cierta cantidad en metálico destinada al fondo editorial de la institución y un diploma. La ceremonia tuvo lugar en el auditorio del Museo Nacional de Antropología e Historia y fue encabezada por el presidente del CONACULTA y la directora general del INAH.

Para terminar con este rápido repaso quiero recordar los tres últimos libros que he publicado bajo el sello editorial de la UAA: *Remansos de ensueño. Las huertas y la gestión del agua en Aguascalientes, 1575-1960* (2018); *Abasto de agua e higiene pública en Aguascalientes, siglos XVI-XIX* (2020), y *Estados chicos, negocios grandes: la renovación del sistema de abasto de agua en la ciudad de Aguascalientes, 1905-1914* (2022). Son el resultado de una investigación de largo aliento, en la que trabajé a lo largo de más de diez años, y en su conjunto forman algo que he llamado “Historias escritas con tinta de agua”.

Martha Esparza entendió muy bien la idea desde un principio y permitió que esos libros formaran una pequeña colección o saga aparte. Como apunté en la página de agradecimientos del tercero de los volúmenes, a lo largo de los años empleados en la redacción de esos libros contraí muchas deudas, la mayor de las cuales es la que tengo con la UAA, de cuyo Departamento de Historia soy profesor desde hace treinta años. Pero en forma más específica le debo al Departamento Editorial de la UAA y a su jefa, la maestra Esparza, su apoyo entusiasta y la forma

generosa en la que siempre ha escuchado mis propuestas, algunas de las cuales han implicado dificultades técnicas y financieras. Los originales de los libros, en el marco de un diseño editorial meticulosamente consensuado, han sido preparados por Genaro Ruiz Flores, en quien he encontrado un profesional receptivo, cuyas ideas y buen hacer han mejorado en muchos sentidos mis propuestas. Dos de los volúmenes incluyen una separata impresa en papel diferente y con ilustraciones a color, lo que subraya el carácter especial de esa pequeña saga, que sería inconcebible sin la generosidad y apertura de los editores. En la época digital e insinuándose ya en el horizonte cercano el reinado de esa cosa aterradora que llaman Inteligencia Artificial, esto puede sonar arcaico u obsoleto, pero me gusta pensar que estos tres libros los hemos hecho entre todos, amorosamente, con el mayor de los esmeros; casi podríamos decir que han sido hechos "a mano", en forma artesanal, atendiendo las lecciones de los grandes impresores que honran la historia de la tipografía en nuestro país. Los lectores exigentes que espero encuentren en su camino decidirán si estos libros enriquecen o no el catálogo editorial de la UAA.

En resumen, puedo decir, en mi carácter de autor, que estoy más que satisfecho con el trabajo del Departamento Editorial de la UAA, que está celebrando veinticinco años de trabajo fecundo. Estoy también orgulloso de que mi nombre figure en su catálogo y agradecido por todas las oportunidades que se me han dado de llegar a su través a ese público anónimo pero real que forman los interesados en la historia regional mexicana.

*Las universidades están llamadas
a ser las principales líneas
de defensa y promoción
de la pluralidad de ideas
y propuestas, la descentralización,
la reivindicación de la actividad
científica, la libertad de expresión
y la búsqueda de la verdad.*

Sandra Yesenia Pinzón Castro